

el clamor de las llagas de Jesús, éstas son poderosos incentivos que avivan y dilatan su amor y su esperanza. Jesucristo, al levantarse del sepulcro, lleva el mismo corazón que tanto nos amó; mas lo lleva abierto, para que podamos fácilmente entrar en él y comprender cuál sea la extensión, y la longitud, y la alteza, y la profundidad de su amor hacia nosotros, que sobrepuja á todo conocimiento; y para que, al entrar en ese santuario divino, seamos colmados plenamente de todos los dones de Dios (1).

Las llagas del Señor son también la señal de sus victorias sobre el pecado, la muerte y el infierno; y para nosotros, inagotables fuentes de gozo y alegría. ¡Ver á nuestro Dios, al buen Jesús que tanto amamos, triunfando tan gloriosamente de sus enemigos, y recibiendo las eternas bendiciones de los santos, que delante de Él postrados, entonan este hermoso y nuevo cántico: «¡Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios, de todas las tribus, y lenguas, y pueblos, y naciones: con que nos hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes; y reinaremos sobre la tierra!» Muchos ángeles, y los misteriosos animales, y los ancianos, decían también: «Digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición..... Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, y honra, y

(1) Ephes., III, 18, 19.

gloria, y potestad por los siglos de los siglos» (1).

Finalmente, las llagas del Señor nos excitan á seguir el camino de la cruz, diciéndonos, con elocuencia muda, que es necesario entrar en el reino de los cielos pasando por medio de muchas tribulaciones (2). Que Jesucristo no buscó su propia satisfacción; antes bien, entregó sus espaldas á los que le azotaban, y sus mejillas á los que mesaban su barba, no retirando su rostro de los que le escarnecían y escupían (3).

Si la consideración del premio eterno hace para nosotros tan breves y ligeras las aflicciones de la vida presente, ¿qué serán éstas, si contemplamos con tierno y amoroso corazón las llagas de Jesús? Buscaremos las cruces y las penas, como un tesoro de grandísimo valor: en ellas tendremos nuestra gloria; y la delicia más amada será padecer por Jesucristo, que nos descubre las llagas que recibió por nuestro amor.

Soldados de Jesús, cobrad aliento; ¿no veis que va delante de vosotros vuestro noble y valiente Campeón, al cual, aunque cubierto de heridas, sin embargo, por doquiera los triunfos le siguen, y el Señor va cantando victoria? Si veis su vestido con sangre, cuando viene de Edom, y quisieris saber de quién es esa sangre que lleva, Él mismo os dirá: «Pisé á mis enemigos con mi furor, y los rehollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido,

(1) Apoc., V, 9, 13. D. Bonav., in Luc., c. 24, v. 40. D. Thom., 3 p. q. LIV, a. 4.

(2) Act., XIV, 21.

(3) Isa., L, 6. Matth., XXVI, 67, 69.

y manché toda mi ropa» (1). Corred, pues, con aguante, al término del combate que tenéis propuesto, poniendo siempre los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y está sentado á la diestra del trono de Dios. Considerad, pues, atentamente á aquel Señor que sufrió la contradicción de los pecadores contra su misma persona, á fin de que no desmayéis, perdiendo vuestros ánimos, pues aun no habéis resistido hasta derramar la sangre, como Jesucristo, combatiendo contra el pecado (2). Si hay entre vosotros medrosos y cobardes, que se alienten contemplando las llagas de Jesús, por quien siempre obtenemos la victoria (3).

§ II.

El Señor, después de su resurrección, apareció, antes que á nadie, á su Santísima Madre (4). Y ¿no era natural que sucediese así? ¿Quién otra había llorado tan amargamente la pasión de Jesucristo como María? ¿Quién como Ella pudo merecer la vista de Jesús resucitado? ¿Quién debió ser la preferida entre todas las criaturas, sino la más perfecta y amada del Señor? María, pues, recibe

(1) Isa., LXIII, 3.

(2) Heb., XII, 2, 4.

(3) II Cor., II, 14.

(4) *Stæ. Birgit. Revel.*, L. 6., C. 94.

la visita de Jesús, contempla su rostro celestial, le ve lleno de gloria y hermosura, adora su infinita majestad, bendice y canta su espléndido triunfo. Mas entretanto recuerda que es su Madre, y una y otra vez le abraza humilde y amorosa, besa la llaga del costado, y derrama su sensible y tierno llanto en los pies y las manos del Señor. Esos pies y manos no están lívidos ni fríos, sino resplandecientes de belleza; y el corazón de Jesucristo, que había dejado de latir, está lleno de vida y rebosando amor y gracias que llenan de inefable y suavísimo consuelo á la Sagrada Madre. ¿Cómo pudo haber tan grande gozo en el corazón de nuestra Niña? Verdaderamente que María ha sido embriagada con la abundancia de los bienes del Señor, bebiendo en el torrente de las divinas delicias. Está con Ella el que es la fuente de la vida; su luz divina envuelve en sus bellos y apacibles resplandores el alma de María (1). Esta Madre, que había sufrido tanto y derramado tan amargas lágrimas, puede ya decir como David: «Según la medida de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, y de las grandes necesidades y angustias que padeció mi alma, derramaste sobre Mí ¡oh Señor! tus alivios y consuelos» (2). Mas el Señor es magnífico y grandioso en sus premios; y por lo mismo, si atendidos los dolores de María, la consuela según su intensidad y grandeza, respecto á su liberal magnificencia, el gozo y alegrías que derrama en

(1) Ps. XXXV, 9, 10.

(2) *Idem* XCIII, 19.

el alma de aquella Santa Madre, exceden casi sin medida los terribles y agudísimos dolores que sufrió en la pasión y muerte de Jesús. ¡Ah! que no es posible al hombre comprender el regocijo y la ventura inmensa que llenaron el alma inmaculada de Nuestra Señora, al oír de los labios de Jesús: «He resucitado, y vedme aquí; estoy contigo» (1). Cuando allá en Nazaret el ángel dijo á la hermosa y santa Niña: «El Señor es contigo», María gozó en el Dios su Salvador inefables y castísimas delicias; ahora no es ya un ángel, sino el Rey de los ángeles, su mismo Hijo, quien la dice: «Estoy contigo.» ¿No era ésta la suprema dicha de María, la que formaba toda su ventura?

Un solo instante bastó al Señor para recompensar los dolores de su Santa Madre: aquella vista apacible, dulcísima, y que dejaba suspendida su alma en el éxtasis más santo del divino amor, era el premio de sus grandes sufrimientos. Y no sólo ve Nuestra Señora la gloriosa humanidad de Jesucristo; mas también escucha de sus labios expresiones llenas de ternura: Su Majestad la consuela, una y otra vez la inunda de nuevas y mayores gracias, y le da nuevos testimonios de su invariable y singular cariño. ¡Oh, qué Madre tan afortunada es la Madre de Jesús! ¡Bendito sea mil veces el Dios que la colma de alegría; y Ella goce, en medio de divino y celestial contento, la vista y el amor de aquel Hijo querido, para quien es la más amada y preferida entre todas las criaturas!

(1) Ps. CXXXVIII, 18. D. Bonav., medit. 87.

Las apariciones principales del Divino Salvador, después de su resurrección, fueron siete, y en ellas, nos dice el seráfico Doctor, el Espíritu Santo iba derramando con especialidad alguno de sus dones celestiales.

Cuando María Magdalena, con la otra María, vino á visitar el sepulcro, en ese tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose al sepulcro, removi6 la piedra y sent6se encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca, como la nieve..... El ángel, dirigiéndose á las mujeres, les dijo: «Vosotras no tenéis que temer: bien sé que venís en busca de Jesús, que fué crucificado: ya no está aquí, porque ha resucitado; venid, y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor.» Después de esto, las mujeres salieron del sepulcro con miedo y grande gozo, y fueron corriendo á dar la nueva á los discípulos. Cuando hé aquí que Jesús les sale al encuentro, diciendo: «Dios os guarde»; y acercándose ellas, abrazaron sus pies y le adoraron. Jesús les dice: «No temáis; id, avisad á mis hermanos» (1).

Ved allí el espíritu de temor de Dios que rinde á esas mujeres á los pies del Salvador, y hace que le adoren con profunda y humilde reverencia.

Se dejó ver el Señor del Principe de los ap6stoles, siendo esta singular aparici6n obra de la piedad divina, por la cual Pedro, sin embargo de sus tristes negaciones, lleno de amor y de con-

(1) Matth., XXVIII, 1, 10.

fianza, preséntase á Jesús antes que los demás discípulos.

En el mismo día que Jesús resucitó, dos de sus discípulos iban á Emaus, y se juntó con ellos el Señor, y con ellos conversaba, explicándoles las Escrituras, á Moisés y los profetas (1). De esta suerte el Divino Salvador derramaba en sus dichosos compañeros de viaje tan feliz, el espíritu de ciencia.

Dió también á sus discípulos el de fortaleza cuando apareció entre ellos, cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos, por miedo de los judíos. Su Majestad les dijo: «La paz sea con vosotros.» Y les mostró las manos y el costado (2), como un guerrero que presenta el escudo que ha embotado los dardos de sus enemigos; dardos cuyas huellas, sin embargo, quedaron en el mismo escudo.

Hé aquí el espíritu de consejo, revelado en aquella palabra del Señor que dijo á los discípulos cuando pescaban en el mar de Tiberiades: «Echad la red á la derecha del barco» (3). Y aquellos discípulos, que durante la noche no habían cogido nada, al echar sus redes otra vez, cogen una grande multitud de peces.

El Señor se presentó entre sus discípulos, y como ellos aun no acabasen de creer que había resucitado, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un

(1) Luc., XXIV, 27.

(2) Joann., XX, 19, 20.

(3) Idem, XXI, 6.

panal de miel..... Y Su Majestad les dijo: «Ved allí lo que os decía cuando aun estaba con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto estaba escrito de Mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos.» Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras (1).

El espíritu de sabiduría se manifiesta cuando en el día de su Ascensión se presenta Jesucristo como Rey, coronado por el Divino Padre, llevando en su frente inmortal y gloriosa el laurel de sus triunfos; y al fin de los tiempos, anuncian los ángeles que vendrá de los cielos, radiante de gloria y poder. Se descubre también ese espíritu, en que salva á los hombres Jesús, por medio de la necesidad de su Evangelio, y siendo á los ojos de todo judío un objeto de escándalo, y para los gentiles una necedad; mas sabiduría y virtud de Dios para los que Él mismo ha llamado (2).

Pero entretanto, ¿en dónde está nuestra querida Madre? No la hallamos ni con las mujeres que van al sepulcro, ni con Pedro y los demás discípulos, á quienes apareció el Señor diferentes ocasiones. ¿Por qué guarda el Evangelio silencio tan profundo en esta parte? ¿Por qué, así como al hablar de la pasión de Jesucristo, nos presenta la figura de María descollando por su constancia y firmeza entre todas las demás, ahora no la muestra en las gloriosas escenas de la Resurrección, des-

(1) Luc., XXIV, 45.

(2) I Cor., I, 23, 24. P. Bonav., in Ps. 144. Ita etiam D. Bern., Serm. 3, in Pascha.

abriendo su admirable fe, su inmenso y encendido amor? Uno de los principales objetos de las apariciones de Nuestro Señor Jesucristo era confirmar á sus discípulos en la fe de la Resurrección; y por esto Su Majestad les presenta las manos, los pies y el santísimo costado; come con ellos, y les dice que Él mismo es; que el espíritu no tiene carne y huesos como Él; y finalmente les da en rostro con su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído á los que le habían visto resucitado (1). Nada de esto podía tener lugar respecto de la Inmaculada Virgen, que no necesitaba palpar ni ver el glorioso cuerpo de Jesús, para tener seguridad de que había salido vivo del sepulcro. Ella era la firmísima columna de la fe, que inmóvil descansaba sobre la palabra del Señor; y por lo mismo, de ninguna suerte podían corresponderle las palabras que el Señor, en sus apariciones, tantas veces dijo á sus discípulos (2).

Añadamos á lo dicho que la humildad de la Sagrada Virgen la oculta siempre á nuestros ojos en las escenas de gloria y de grandeza (3). Y aun en las que es indispensable que se deje ver, sabe entonces cubrirse con humilde y pobre velo, desviando así nuestras miradas, ó no dejándolas que lleguen al brillante foco de la luz en donde vive. ¿No recordamos las palabras santas que contestó al divino mensajero que le anunciaba grandezas admirables é inauditas: «Yo soy la esclava

(1) Marc., XVI, 14.

(2) Rupert., L. 7 de officiis, c. 25.

(3) Str. Birgit. Revel., L. 6, c. 94.

del Señor»? Y ved á la Madre del Eterno, amortiguando de esta suerte los vivos resplandores de su gloria, y solamente apareciendo cual mujer de humilde condición....

¿Qué objeto pudiera tener el Evangelio al referirnos que Jesucristo apareció resucitado á su Santa Madre? ¿Por ventura presentar su testimonio en favor de la Resurrección? Mas los apóstoles que no creyeron á las mujeres que les referían lo que los ángeles les habían dicho, tampoco hubieran cedido al testimonio de la Santa Madre (1).

El Evangelio, ¿intentaría impedir el que dudásemos que el Señor hubiese aparecido á la Santa Madre? Mas no podía ser esto, pues nos constaba claramente el inmenso amor que la tenía su Hijo: y ved por qué la hermosa Virgen suspiraba por la vista de Jesús, y todos lo sabemos; mas ¿no es también verdad que el Señor le había dicho: «Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu rostro muy hermoso»? (2). A su vez el Divino Salvador, ¿negaría la vista de su rostro á la Sagrada Virgen, al dirigirla también las palabras referidas?

El Señor se manifiesta á los que tienen fe en su majestad, y descúbrese también á los que le aman (3); y amor y fe como la fe y amor de nuestra Niña, jamás podrán hallarse en alguna otra criatura (4).

(1) Rupert. cit., c. 25.

(2) Cant. II, 14.

(3) Sap., I, 2; Joann., XIV, 21.

(4) Sylveira, hic.

¿Cómo pudiera Jesús, en el día de su glorioso triunfo, olvidar á su Sagrada Madre, que no le olvidó cuando El estaba pendiente en el patíbulo? Había dicho el rey David: «Si me olvidare yo de ti, ¡oh Jerusalén! entregada sea al olvido mi mano diestra. Pegada quede al paladar mi lengua, si no me acordare de ti, ¡oh Santa Sión! si no me propusiere á Salén por el primer objeto de mi alegría» (1). María es la bella Sión, la ciudad de Dios, inundada por Dios mismo con inmenso júbilo, cuando Su Majestad se presenta delante de sus ojos, resplandeciente de gloria y hermosura. Está con Ella; no será conmovida, y al descubrirle su divino rostro, el Señor aliviará sus penas (2).

Jesús, pues, se presenta á la Sagrada Madre; mas su aparición no es repentina: el ángel que la había anunciado en otro tiempo la Encarnación del Verbo en sus entrañas virginales, hoy la saluda con estas palabras: «Alégrate, Reina del cielo, pues ha resucitado el Dios que llevaste en tu seno» (3).

¡Oh, Santa Madre! Vuestros hijos, al contemplaros gozando de la vista de Jesús, os bendicen con toda la efusión de su cariño: muy digna sois, querida Niña, de que el mismo Dios, vuestro Hijo, venga á consolaros; que él mismo sea quien enjugue vuestras lágrimas, y con dulce y amorosa voz, te diga: «Cesen tus labios de prorrumper en voces de llanto, y tus ojos de derramar lágrimas,

(1) Ps. CXXXVI, 6, Rupert, cit.

(2) Ps. XLV, 5, 6. Sylveira cit.

(3) D. Vincent. Ferreir, Sermon. 1, in Pascha.

pues por tu pena recibirás galardón (1). ¿Cuál otro más rico y estimable pudiera darte el Señor, que presentarse delante de tus ojos, lleno de gloria y majestad divinas, colmando tu alma de gracias y favores celestiales? Mas en medio de tu gozo, Madre Santa, no te olvides de tus pobres hijos; derrama en su triste corazón una gota siquiera de consuelo; dulcifica sus amargas penas, y al respirar en medio de ellas, haz que te alaben y bendigan, y confiesen que todas las gracias del Señor les vienen por tu mano; que Tú eres la tierna y amorosa Madre que no puede, en su contento y alegría, dejar de dividir entre sus hijos una parte del consuelo que rebosa su santo corazón. ¡Consuelo de afligidos, ruega por nosotros!

CAPÍTULO XVIII.

LA ASCENSIÓN DE JESUCRISTO.—SENTIMIENTOS
DE SU SANTA MADRE.

§ I.



QUELLOS días que el Señor permanecía sobre la tierra, después de haber resucitado, estaban llenos de misterios y consuelos; Su Majestad se manifestó á los apóstoles, dándoles muchas pruebas de que vivía,

(1) Hierem., xxxi, 16